

solo mostraba imágenes truncadas de la Eternidad, no estaban enteramente separadas unas de otras. El Tiempo tenía cierto toque de lo eterno. Una edad podía ser peor que otra, los hombres conocían las pesadumbres y la muerte, pero el Tiempo no podía lanzarlos hacia un futuro de aflicción irredimible, final de todas las cosas buenas. Si aquella antigua Edad de Oro era lo mejor, entonces el Tiempo ya estaba dibujando la curva que la traería de nuevo. Si Jenófanes estaba en lo cierto y los hombres, mediante la búsqueda, hallaban algo mejor, este perfeccionamiento no podría perderse jamás, porque una y otra vez descubrirían algo mejor.

Aun cuando (como creían algunos griegos) no hubiese un desarrollo gradual y se produjeran cataclismos que destruyeran toda civilización, de modo que los hombres tuviesen que empezar de nuevo, también creían que, al girar la rueda del Tiempo, la civilización perdida surgiría de nuevo. (A diferencia de nosotros, a mediados del siglo xx, que primero abolimos la idea del retorno del Tiempo y luego nos amenazamos a nosotros mismos con un cataclismo, confeccionado por el hombre, que podría abolir todo lo demás.) Y, aunque solo los dioses eran inmortales y el hombre tenía que morir, este y todos los seres y todas las cosas que amaba poseían su propia clase de inmortalidad, justamente porque el Tiempo, en lugar de arrojarlos al olvido para siempre, los traía de nuevo. Veremos como, en el crepúsculo romano de esa edad, esta idea de la recurrencia reveló otro aspecto de sí misma, pero en su brillante mañana dio al hombre una confianza como nunca ha conocido.

Aunque todos pudiesen tener más o menos la misma cosmología cíclica como fondo de su pensamiento, aceptando a menudo un ciclo completo como el Gran Año, los griegos eran demasiado intelectualmente curiosos para admitir la noción del Tiempo sin examinarla detenidamente. Ya en el siglo vi a. de J. C., Heráclito, que nos dejó esos fragmentos relativos a que nunca podremos bañarnos en el mismo río, debió de reflexionar sobre el problema de la persistencia de identidad, pese a cambios en el Tiempo. (Pero nos bañamos en el mismo río, no porque el agua sea la misma, sino porque se desliza entre las mismas orillas. Desde luego, estas podrían ser alteradas por el tiempo, pero entonces podría pasarse por un punto después del cual no podríamos llamarle el mismo río.)

Un poco más tarde, Parménides, es decir, una influencia notable, tomó una posición a la cual se incorporaron después numerosos metafísicos. Negó la realidad de la evidencia sensorial, el cambio y el Tiempo. Al igual que los hindúes, declaró que el mundo, tal y como es revelado a los sentidos, el mundo en el cual parecen existir el Cambio y el Tiempo, es una ilusión. Detrás de esta ilusión, en el reino de la realidad, no hay «devenir», sino nada más que «ser», solo e indivisible, inmutable, intemporal. Pasado y futuro forman parte de la ilusión; lo que realmente existe es un presente perpetuo. Los filósofos posteriores, a menos que rechazasen a Parménides, no tenían excusa para permanecer ociosos, enfrentados como estaban con la tarea de reconciliar las audaces conclusiones de aquel con el mundo que los rodeaba, en el cual, desde luego, parecían existir el Cambio y el Tiempo.

Entre estos filósofos posteriores, un filósofo que consideraba indiscutible a su maestro Parménides, se hallaba el ingenioso y paradójico Zenón, al cual debe concedérsele un elevado lugar entre nuestros anfitriones intelectuales del mundo. Creyendo que toda postura metafísica, excepto la de Parménides, había de resultar en absurdos lógicos, fue él quien nos dio el corredor que jamás llegaría al otro extremo del estadio, la flecha disparada que en todo momento dado parecía inmóvil, el Aquiles que nunca alcanzaría a la tortuga.

A menudo se han discutido y refutado las paradojas de Zenón, siempre por hombres mejor preparados que yo para esa tarea; pero, si nos atenemos a nuestro tema del Tiempo e introducimos ladinamente la divisibilidad infinita, podríamos añadir otra paradoja y demostrar que un reloj que hubiese dado las doce, jamás llegaría a marcar las doce y cinco minutos. Diríamos que llega a las doce y un minuto; después, a las doce y sesenta y un segundos; luego, a las doce, sesenta y un segundos y una décima de segundo; luego, a las doce, sesenta y un segundos, una décima y una centésima de segundo; después, a las doce, sesenta y un segundos, una décima, una centésima y una milésima de segundo, y así su-

**Ruinas del gran palacio de Knossos, centro de la civilización minoica que floreció hace unos cuatro mil años. Desde Creta hasta Roma, la mayoría del mundo antiguo y clásico concebía como cíclico el movimiento del Tiempo, un ciclo que eventualmente traería el retorno de una edad dorada de la civilización.**

cesivamente. El reloj, por así decir, se mueve ahora hacia adentro más bien que hacia adelante, lo mismo que Aquiles no puede alcanzar a la tortuga, porque ya no corren hacia la meta, sino hacia el infinito. O así me lo parece a mí. Pero no estoy dirigiéndome a matemáticos.

Platón rehusó seguir a Parménides; no se desentendió del Tiempo como una ilusión, sino que lo aceptó como «la imagen móvil de la eternidad». Admitió dos formas de existencia: el Ser, perteneciente a la eternidad, y el Devenir, característica del mundo natural. Lo que se revela a nuestros sentidos es una representación imperfecta y cambiante de un modelo inmutable y eterno. Es la ordenada regularidad del Tiempo lo que nos permite aceptarlo como una imagen de la Eternidad.

El Tiempo, viniendo a la existencia con el universo, ha reducido—o está reduciendo—el caos al orden, haciendo armonioso e inteligible el movimiento del universo, acercando el Devenir al puro Ser. El mundo temporal es una especie de compromiso entre el puro

Ser y un Devenir múltiple y carente de significado. El Tiempo puede ser identificado con los movimientos periódicos del sol, la luna y los planetas, creados «para distinguir y guardar los números del tiempo». Platón parece haber considerado el Tiempo y el Espacio como completamente distintos el uno del otro. Mientras el Tiempo y el universo llegaron juntos, el Espacio existía antes que ellos. (Pero, fuera del Tiempo, ¿qué es «antes»?) Parece haber sentido menos curiosidad respecto al Tiempo y más ansiedad por crear una cosmología perfecta que algunos filósofos antes y después que él.

Aristóteles, a su modo cauteloso y lleno de sentido común, se aproxima más al problema. Pregunta si existe el Tiempo, y, en caso afirmativo, cuál es su naturaleza. Uno debe sospechar, dice, que o bien no existe en absoluto, o solo existe apenas y de una manera oscura. Porque, examinando la cuestión más de cerca, indica que el Tiempo se compone del pasado, que ha sido y ya no es, y del futuro, que va a ser, pero todavía no es. Y lo que se compone

